

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

La vida y las aventuras de Santa Claus: Cómo Claus hizo el primer juguete (9/22)

Verdaderamente, nuestro Claus tenía sabiduría, pues su buena fortuna no hizo sino fortalecer su resolución de hacerse amigo de los pequeños de su propia raza. Sabía que su plan contaba con la aprobación de los inmortales, pues de lo contrario no lo habrían favorecido tanto.

Empezó a conocer a la humanidad. Atravesó el Valle hasta la llanura que había más allá, y cruzó la llanura en muchas direcciones hasta llegar a las moradas de los hombres. Éstas estaban aisladas o en grupos llamadas aldeas, y en casi todas las casas, grandes o pequeñas, Claus encontró niños.

Los pequeños no tardaron en conocer su rostro alegre y risueño y la mirada amable de sus ojos brillantes; y los padres, aunque miraban al joven con cierto desprecio por querer más a los niños que a sus mayores, estaban contentos de que las niñas y los niños hubieran encontrado un compañero de juegos que parecía dispuesto a divertirlos.

Así, los niños jugaban y se divertían con Claus; los niños se subían a sus hombros, las niñas se acurrucaban en sus fuertes brazos, y los bebés se aferraban cariñosamente a sus rodillas. Dondequiera que se

encontraba el joven, lo seguía el sonido de las risas infantiles; y para comprenderlo mejor deben saber que en aquellos tiempos los niños estaban muy desatendidos y recibían poca atención de sus padres, de modo que para ellos era una maravilla que un hombre tan bueno como Claus dedicara su tiempo a hacerlos felices. Y los que lo conocían eran, sin duda, muy felices. Los rostros tristes de los pobres y maltratados se iluminaban por fin; el lisiado sonreía a pesar de su desgracia; los enfermos acallaban sus gemidos y los afligidos sus llantos cuando su alegre amigo se acercaba a consolarlos.

Sólo en el hermoso palacio de Lord Lerd y en el sombrío castillo del Barón Braun se negó la entrada a Claus. En ambos lugares había niños, pero los criados del palacio cerraron la puerta en las narices del joven forastero y el feroz Barón amenazó con colgarlo de un gancho de hierro en los muros del castillo. Claus suspiró y regresó a las viviendas más pobres, donde era bienvenido.

Al cabo de un tiempo se acercó el invierno.

Las flores terminaron su vida, se marchitaron y desaparecieron; los escarabajos se adentraron en la cálida tierra; las mariposas abandonaron los prados; y la voz del arroyo se hizo ronca, como si hubiera tomado frío.

Un día los copos de nieve llenaron el aire del Valle de la Risa, bailando bulliciosamente hacia la tierra y vistiéndolo de blanco puro el techo de la morada de Claus.

Por la noche, Jack Escarcha llamó a la puerta.

—¡Entra! —gritó Claus.

—¡Sal! —respondió Jack—. Porque tienes fuego dentro. Claus salió. Había conocido a Jack Escarcha en el Bosque, y el pícaro le caía bien, aunque desconfiaba de él.

—Esta noche me divertiré mucho, Claus —gritó—. ¿No hace un tiempo estupendo? Pellizcaré decenas de narices, orejas y dedos del pie antes del amanecer.

—Si me quieres, Jack, perdona a los niños —suplicó Claus.

—¿Y por qué? —preguntó el otro, sorprendido.

—Son tiernos e indefensos —respondió Claus.

—¡Pero a mí me encanta pellizcar a los más tiernos! — declaró Jack—. Los mayores son duros, y me cansan los dedos.

—Los jóvenes son débiles y no pueden luchar contra ti — dijo Claus.

—Es cierto —coincidió Jack pensativo—. Bueno, no pellizcaré a ningún niño esta noche, si puedo resistir la tentación. Buenas noches, Claus.

—Buenas noches.

El joven entró y cerró la puerta, y Jack Escarcha siguió corriendo hasta el pueblo más cercano.

Claus echó un tronco al fuego, que ardió con fuerza.

Junto a la chimenea estaba sentada Blinkie, una gata grande que le había regalado Peter Knook. Su pelaje era suave y brillante, y ronroneaba interminables canciones de satisfacción.

—Pronto volveré a ver a los niños —le dijo Claus a la gata, que hizo una amable pausa en su canción para escucharlo—. El invierno está llegando, la nieve será

profunda durante muchos días, y no podré jugar con mis amiguitos.

La gata levantó una pata y se acarició la nariz, pensativa, pero no respondió. Mientras ardiera el fuego y Claus estuviera sentado en su sillón junto a la chimenea, no le importaba el tiempo.

Así pasaron muchos días y muchas largas tardes. El armario estaba siempre lleno, pero Claus se cansó de no tener nada que hacer más que alimentar el fuego con la gran pila de leña que le habían traído los Knook.

Una noche recogió un palo de leña y empezó a cortarlo con su afilado cuchillo. Al principio no pensaba en otra cosa que ocupar su tiempo, y silbaba y cantaba a la gata mientras iba cortando trozos del palo. La gata se sentó sobre sus patas y lo observó, escuchando al mismo tiempo el alegre silbido de su amo, que le gustaba oír incluso más que sus propias canciones ronroneantes.



Claus miró a la gata y luego al palo que estaba tallando, hasta que la madera empezó a tomar forma, y la forma era como la cabeza de un gato, con dos orejas hacia arriba.

Claus dejó de silbar para reírse, y entonces tanto él como el gato miraron la imagen de madera con cierta

sorpresa. Luego talló los ojos y la nariz, y redondeó la parte inferior de la cabeza para que descansara sobre un cuello.

La gata no sabía qué pensar y se sentó rígida, como si observara con cierta suspicacia lo que iba a suceder a continuación.

Claus lo sabía. La cabeza le dio una idea. Manejó el cuchillo con cuidado y destreza, formando lentamente el cuerpo del gato, al que hizo sentarse sobre las patas como lo hacía la gata de verdad, con la cola enrollada alrededor de las dos patas delanteras.

El trabajo le llevó mucho tiempo, pero la tarde era larga y no tenía nada mejor que hacer. Finalmente, soltó una sonora carcajada al ver el resultado de su trabajo y colocó el gato de madera, ya terminado, sobre la chimenea, frente a la gata de verdad.

La gata miró a su imagen, levantó el pelo con rabia y emitió un maullido desafiante. El gato de madera no le hizo caso y Claus, muy divertido, volvió a reírse.

Entonces Blinkie avanzó hacia la imagen de madera para observarla de cerca y olerla con inteligencia: los ojos y el olfato le dijeron que la criatura era de madera, a pesar de su aspecto natural; así que la gatita volvió a su asiento y a su ronroneo, pero mientras se lavaba la cara pulcramente con su pata acolchada lanzó más de una mirada de admiración a su inteligente amo. Tal vez sintió la misma satisfacción que sentimos nosotros cuando vemos buenas fotografías de nosotros mismos.

El amo de la gata estaba satisfecho con su obra, sin saber exactamente por qué. De hecho, aquella noche

tenía muchos motivos para felicitar-se, y todos los niños del mundo deberían haberse unido a él en su júbilo. Claus había fabricado su primer juguete.